

testigos, convínose en que se batirían al día siguiente, en un jardín del Parque de los Príncipes.

—Y ahora ¡a almorzar!—gritó el extranjero.

—¡Adiós!—dijo Gontrán, saludando á todo el mundo.

Se figuraba que su querida le seguiría; pero se limitó á decirle adiós con un airecillo natural.

Reapareció su vileza, dió un paso hacia la joven.

Ésta, que temió una escena sentimental, se echó de beber.

—¡Adiós!—dijo á su vez.

Él se marchó.

Me parece que, si hubiera tenido una cuerda en el bolsillo, habríale parecido que todos los árboles del Bosque de Bolonia eran buenos para ahorcarse.

En estas terribles crisis de la juventud, cuando uno no se mata, llora.

—¡La amaba tanto!...—dijo.

Lo que había de más triste, es que aun la amaba.

V

Del dinero al amor

Aunque Gontrán Staller no pensaba sino en Lucía y en su desafío, tampoco olvidaba su deuda.

De regreso en su casa, antes de hacer algunos ejercicios con el florete, entró en el despacho de su padre con la vaga inquietud de saber si encontraría en dinero contante los doscientos cincuenta y seis mil francos. Sabía que su padre, con frecuencia ausente, no salía nun-

ca de París sin dejar un talón de cien mil francos contra el Banco, á fin de que la señora Staller no se encontrase en un apuro. Abrió la caja, apodada en la casa el armario de las alhajas, y que no era la horrible caja de hierro bronceado que casi hace odiar el oro; ésta se hallaba revestida de madera de ébano tallado al estilo griego, con garras de león de plata. La cerradura era de secreto, que él sabía, como lo conocía su madre.

Cuando abrió la puerta del cuarto, lo primero que vió fué á su padre en fotografía, un pequeño retrato dejado allí por descuido, y que en cualquiera otra circunstancia no hubiera llamado su atención; lo tomó, lo besó, acercóse á la ventana para mejor verlo.

Estaba acostumbrado, desde su infancia, á considerar á su padre como una severa figura que ocultaba su corazón; experimentaba en su presencia no sé qué respeto mezclado de miedo; le parecía que el señor Staller no le miraba nunca sino como una conciencia rígida que siempre tiene algo que reprochar. Así son muchos hijos; les da miedo su padre, y no osan desairarle con la expansión. Es que no lo conocen. Voluntariamente se espantan ante aquella severidad toda de bondad y de indulgencia, que perdona siempre. Se figuran que aquel tribunal de primera instancia y de apelación está instituido por Dios para no hacer justicia; y, si el padre es injusto, lo es porque nunca condena.

El retrato del señor Staller fué una revelación para su hijo. Le encontró una expresión de bondad profunda que hasta entonces no había visto. Así es que no pudo menos de decir:

—¿En qué pensaba entonces mi padre?

¡Dios mío! Pensaba en su hijo. Pensaba que era bello, que era inteligente, que tenía las varoniles virtudes de su familia; que llevaría sin fausto, mas no sin or-

gullo, el nombre de Staller, que era ya una herencia. No toda la nobleza se halla inscrita en la sala de las Cruzadas. Dos Staller habían muerto en las grandes batallas de 1793, cuando la patria estaba en peligro. Un individuo de esta familia labró por vez primera una tierra infecunda, hoy toda cubierta de sembrados; otro creó una de las más bellas colonias africanas. Los Staller no merecían la cruz, como el personaje de comedia, por haber hecho su fortuna; pero la merecían por haber hecho la fortuna de los demás.

El señor Staller, último del nombre antes de nacer su hijo, podía decir lo que Montesquieu:

«Soy un buen ciudadano; pero lo hubiera sido igualmente en cualquiera otro país. No quise hacer mi fortuna siendo cortesano; pensé en hacerla dando valor á mi tierra, para que me viniese más directamente de Dios.»

Contrán volvió al armario de las alhajas; encontró en un cajón el famoso bono contra el Banco, que era efectivamente de cien mil francos; encontró también cien mil francos en rosados billetes de á cinco mil; pero esto fué todo. Verdad es que había algunos puñados de oro y varios cartuchos de á mil francos; pero el joven vió bien pronto que con aquello no podría completar la deuda.

¿Qué haría, él que era tan altivo?

Se resignó á no llevar más que doscientos mil francos. Después de todo, no era esto un grano de anís; su acreedor no se negaría, sin duda alguna, á esperar para los cincuenta y seis mil francos restantes; tal vez se contentara con un pagaré á larga fecha, que permitiría al hijo no pedir al padre más dinero.

Eran las doce en punto de la mañana cuando Contrán llevó los doscientos mil francos al banquero.

Lo encontró en la cama.

—Es la primera vez,—dijo,—que el dinero me viene durmiendo.

—No le traigo á usted más que doscientos mil francos.

—Soy buen príncipe; me dará usted el resto uno de estos días. Ya sabe usted, querido, que el dinero del juego es dinero contante; yo mismo he perdido mucho este invierno.

Gontrán sabía muy bien que aquello no era verdad. El banquero quería hacer una operación de bolsa con su dinero; necesitaba hasta el último billete de mil francos, hasta el último soldado para aquella gran batalla. A Gontrán no le fué posible reprimir su altivez.

—Pues bien, caballero: hoy mismo tendrá usted lo restante.

El banquero se dignó rogar á Gontrán que le acompañase á comer; el joven rehusó con aire altanero. Como el otro insistiese,

—Tengo un duelo,—dijo;—voy á casa de mis testigos.

—¡Cómo! ¡Sus testigos! ¡Es que yo quiero ser uno de ellos!

Gontrán dejó caer sobre el banquero una mirada glacial.

—No,—le dijo;—sentiría usted inquietud por sus cincuenta mil francos, impediría usted el combate.

Saludó, y se marchó sin querer volver la cabeza, no obstante la insistencia del banquero.

Fué al bulevar Malesherbes, á casa del conde de Aspremont, la mejor espada de París.

Como el conde era muy valiente, representóle lo absurdo que venía á ser el batirse por semejantes frivolidades.

—¿Tan enamorado estás de esa pícara? ¡Ah, si fuese su hermanal!

Gontrán amaba demasiado á la comedianta para no defenderla, aun después de todas sus hazañas.

—No tan pícara. ¡Es lo mismo que todas las mujeres! Cuando el vino se le sube á la cabeza, no sabe lo que hace.

—Créeme, siempre sabe lo que hace. Tú has tomado con ella el papel de perro faldero, y te hará ir á cuatro patas hasta el fin del mundo.

Gontrán pensó que aquello era muy cierto, mas no quiso confesárselo á su amigo.

El conde y Gontrán se habían conocido en la sala de armas. Aunque Aspremont perteneciese á la flor y nata de la nobleza, sentía amistad por Gontrán, que, sin embargo, no entraba sino á medias en el mundo de la alta juventud. Como tenía talento, mucha distinción y más dinero, perdonábase á ciertas señoras el que le invitasen á sus fiestas.

Aspremont que, entre otras costumbres, tenía la de predicar, habló fraternalmente al joven Staller, le hizo ver que no se tiene derecho á dar á las entretenidas la mejor parte de su corazón y de su existencia.

Pero Gontrán, demasiado cegado por la pasión, preguntó al conde si se llamaba Tibergo.

—Sí, Tibergo, si quieres. ¡Y cuidado con Des Grieux!

Se desayunaron después de escribir al segundo testigo, un periodista, para que acudiera al bulevar Malesherbes.

Los testigos del adversario, á quien Gontrán había ya dado los nombres de los suyos, enviaron una carta para pedir que el duelo fuese aplazado para dos horas después, al siguiente día, porque el polaco, que se ha-

bía hartado como buen polaco que era, no tendría buen aspecto tan temprano.

VI

Una joven casadera

Gontrán no volvió á su casa hasta la hora de comer, después de llamar, sin casi confesárselo á sí mismo, á la puerta de Lucía, siempre ausente.

Hizo muchas caricias á su madre y á su hermana. Por la noche debía acompañarlas á los Campos Eliseos, á casa de la condesa de Lannoy, que daba una fiestecilla musical.

A Gontrán no le gustaba la música sino en los bastidores de los Bufos Parisienses; pero, en fin, puesto que su bella no cantaba aquella noche, quería resignarse á oír cantar á otras.

Durante la comida, notó, aunque muy preocupado por su pasión, si no por su deuda de juego, si no por su desafío, que su madre y su hermana le miraban cuchicheando y riendo.

No comprendía lo que aquello significaba; y las interrogó; pero ellas callaron.

De sobremesa, no obstante, como preguntara por décima vez, su madre le respondió:

—Mira bien esta noche. Entre las siete ú ocho jóvenes que cantarán ó escucharán en casa de la condesa, hay una que está enamorada de ti.

—¿Enamorada de mí?

Puesto que Lucía le amaba tan poco, adorándola él,

¿cómo otra, que sin duda sólo había él entrevisto, podía amarle?

—¡Sí, enamorada de ti, querido! Pero, en las jóvenes bien educadas, el amor se guarda secreto. Busca bien; ya me dirás si la encuentras.

Se vistieron y fueron á los Campos Eliseos.

Hacia ya algún tiempo que el amante de la comediante no frecuentaba el mundo; aquello le parecía fastidioso, y decía que todas aquellas jóvenes, que forman el escuadrón volante de la virtud parisiense, no son sino colegialas que despabilar, muñecas que hablan, pero que sólo dicen papá y mamá. Ignoraba que pueden allí hacerse verdaderos descubrimientos, que entre las jóvenes aquéllas hay tesoros inusitados para quien los busca. La historia de las montañas de oro: en la superficie, siempre el mismo aspecto; mas, para el que penetra hasta el corazón, allí está la mina.

Entraron después del preludio; una joven estaba sentada ante el piano.

—No será ésa,—dijo Gontrán á su hermana.

—¿Por qué?

—Porque una mujer que toca bien el piano no se enamora sino del ruido que hace.

Después de un solo sobre motivos de *La Sonámbula*, ejecutóse un dúo de harpa y piano. Otra joven se apoderó de las teclas de marfil y paseó por ellas unas grandes manos, verdaderas patas de araña, inclinando la cabeza bajo sus cabellos á modo de sauce llorón.

—¿Será ésa?—preguntó su hermana á Gontrán.

—No,—dijo éste;—ésa toca para los ausentes.

La joven que se había sentado ante el harpa estaba muy bella con su cabello peinado á la Tallien, sus brazos al parecer alimentados con rosas de te, sus hombros